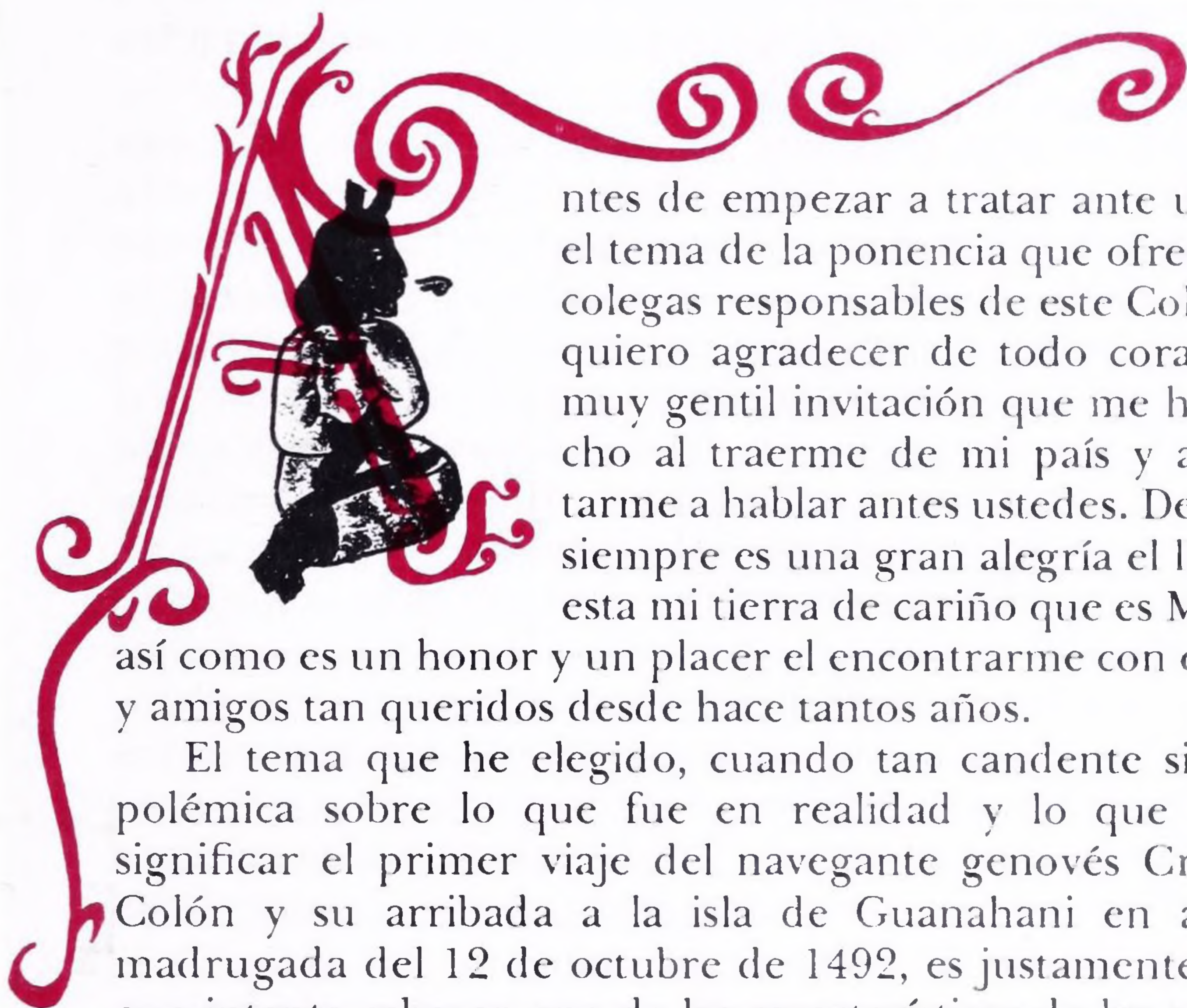


# EL ENCUENTRO CON AMÉRICA Y LA IMAGEN DEL MONSTRUO

GEORGES BAUDOT\*

\* IBEALT/Universidad de Toulouse Le-Mirail (Francia)





ntes de empezar a tratar ante ustedes el tema de la ponencia que ofrecí a los colegas responsables de este Coloquio, quiero agradecer de todo corazón la muy gentil invitación que me han hecho al traerme de mi país y al invitarme a hablar antes ustedes. De veras, siempre es una gran alegría el llegar a esta mi tierra de cariño que es México,

así como es un honor y un placer el encontrarme con colegas y amigos tan queridos desde hace tantos años.

El tema que he elegido, cuando tan candente sigue la polémica sobre lo que fue en realidad y lo que puede significar el primer viaje del navegante genovés Cristóbal Colón y su arribada a la isla de Guanahani en aquella madrugada del 12 de octubre de 1492, es justamente aquél que intenta esbozar una de las características de los que fue el Encuentro entre hombres de aquel continente que los europeos aún no sabían nombrar y hombres del que había de ser un poco más tarde el Viejo Mundo. Efectivamente, y lo que hoy más nos importa, es que aquel día fatídico en que se inició en verdad la Edad Moderna fue un día en que hombres

que hasta entonces se habían ignorado completamente se encontraron y empezaron a entablar lo que no me atrevo a llamar un diálogo, sino más bien un intercambio de impresiones y de dificultades en representarse los unos a los otros. En estos últimos años de enconadas polémicas al respecto, a veces he tenido la impresión de que una parte de los contrincantes se olvidaba muy a menudo de la cuestión fundamental: ¿QUIÉN DESCUBRIÓ A QUIÉN? y ¿cómo cada quien representó, nombró, definió y determinó a y cada quien?, pese a la indudable sorpresa que a ambas partes embargaba.

Existe así una tradición eurocentrista desde hace casi 500 años que parece hasta ahora haber ahogado toda representación más o menos equilibrada del Encuentro con aquel inefable continente que los europeos de fines del siglo XV tanto tardaron en conceptuar con claridad. ¿Puede acaso decirse que los propios habitantes de aquel continente sin nombre “descubrieron” a su vez a los hombres venidos de allende los mares y que, asimismo, tuvieron las mayores dificultades para reconocerlos, determinarlos y nombrarlos? El examen cuidadoso del acervo cada día más importante que arrojan las modernas recolecciones de textos amerindios quizá un día nos entregue una respuesta sorprendente. Pero, por ahora, y sin querer abrumar a ustedes con nuevos incisos en la tan espectacular polémica que conlleva el Quinto Centenario de estos hechos, veamos cómo los europeos y los amerindios se representaron mutuamente al construir las imágenes mutuas del primer encuentro.

El problema es hoy en día una cuestión histórico–filosófica de la mayor importancia, que puede definirse con la moderna palabra de ALTERIDAD, o de conciencia de alteridad. En mi título he empleado la palabra monstruos y creo que convendría encontrar un verbo, activo y transitivo, que significara el modo de transformar al OTRO en monstruo, es

decir, en alguien no reconocible, insospechable y, por decirlo todo, inefable. Se me ocurrieron los términos “monstruizar” o “monstruificar”, pero dudo que el venerable diccionario de la Real Academia Española acepte unos verbos tan peregrinos. Lo mejor será entonces decir que unos y otros, en el principio de América “hicieron monstruos”, o se achacaron generosamente la cualidad de lo monstruoso. Lo monstruoso, para una definición previa que nos permita discurrir con claridad luego, es, como ya apuntamos más arriba, lo que no se sospecha ni se concibe dentro de las pautas de lo que llamamos la normalidad y dentro de las representaciones en las que estamos acostumbrados a estructurar nuestro pensamiento y a mover nuestros conceptos. Este “insospechable” es también, y por definición, lo invisible, para lo cual no caben palabras, y, peor aún, para lo cual no caben ni figuraciones ni representaciones que no sean producto de una desestructuración fantasiosa de la imagen. Es decir, que la imagen del monstruo que América producirá por ambos lados supondrá un obligado recurso a las potencialidades de lo imaginario y, digámoslo así, a todas las locuras representativas de aquella que Pascal llamara tan acertadamente *la folle du logis* (la loca de la casa) y que es la imaginación del hombre. De este se desprende que tengamos toda una muy especial iconografía del Encuentro plagada de seres monstruosos, de seres no siempre reconocibles en la tradición iconográfica europea, y también, por supuesto, en la tradición iconográfica amerindia.

Como no se inventa nada a partir de nada, cierto es que el análisis cuidadoso de la iconografía del Encuentro revelaría huellas de representaciones medievales europeas o pertenecientes a las cosmologías amerindias. Pero, a mi ver, sobresale la novedad y el esfuerzo por estructurar imágenes novedosamente cuando de la primera iconografía americana se trata. Todos los grabados que la llegada a América de los europeos

va a provocar y a procurar nos proponen personajes gigantes-  
cos, por ejemplo, los famosos gigantes mexicanos primero, los  
gigantes patagones más tarde (éstos hasta mediados del siglo  
XIX), como nos ofrecen todo tipo de humanidades despro-  
vistas de cabeza o seres humanos con la cabeza y el pecho for-  
mando una sola configuración anatómica o, aún mejor, ani-  
males peludos con cabezas humanas y largo rabo. Existe toda  
clase de variantes al respecto con las más extrañas represen-  
taciones que a veces uno buscaría en vano dentro de la tra-  
dición grecolatina o bizantina o, incluso, en los bajos relieves  
tan imaginativos de nuestras iglesias románicas de la vieja Eu-  
ropa. Parece como si al encontrarse con aquellos hombres de  
Guanahani y de Haití y, más tarde, con los hombres altamente  
civilizados y urbanizados del Cemanahuac o del Tawantisuyu,  
los europeos hubieran sentido la crucial necesidad de inven-  
tar segmentos conceptuales más allá de palabras nuevas para  
tratar de conceptualizar lo tan “nuevo”; imágenes monstruosas  
que transmitieran algo de su espantado asombro.

Convendrá subrayar que esta extrañeza, que este carácter  
invisible e inefable de lo encontrado y de lo que se iba  
encontrando, es una especie de monstruosidad esperada o  
de extrañeza anunciada como tal. Efectivamente, tampoco  
es posible desligar esta fabricación imaginaria dictada por la  
necesidad del asombro de aquel gran conjunto de mitos y de  
leyendas que para los europeos preparaba el Encuentro de los  
dos mundos y que arranca de la propia tradición grecolatina  
y judeo-cristiana, incluso islámica e indo-gangética que son  
las cunas del imaginario de nuestro llamado Viejo Mundo.  
Recordarán ustedes con nostalgia la deliciosa cantidad de  
monstruos y de monstruosidades que el propio Ulises, a todo  
lo largo del portentoso recorrido de la Odisea va hallando y  
descubriendo en su lento vagar de isla en isla (y, yo diría, de  
mujer en mujer, de Calipso a Circe), y la calidad imaginativa

de las extrañas criaturas que poco a poco se presentan ante sus ojos asombrados para plasmar lo invisible.

Este proceso mismo, que es también de la conquista del Toisón de Oro, el de las leyendas medievales del ciclo arturiano, el de las *Mil y una noches* o, aún mucho antes, el de la *Bahgavad Giûtha* va a tomar nueva forma, nuevo cariz, nuevos vigos en el camino que lleva a reconocer a América o, mejor, a reconocer aquel continente que el pecado de eurocentrismo dejó un tiempo sin nombre. Los caminos de América son caminos plantados de mitos preparatorios, de imágenes y de monstruos que anuncian el encuentro insospechable de hombres con hombres. Si bien recordamos los mapas imaginados por los europeos para representar las rutas marítimas del occidente cuando éste era espacio ignoto, podemos sorprendernos con las islas y territorios que la imaginación implantó en aquellos desiertos oceánicos. Así, por ejemplo, más o menos por el año de 1426 aparece por vez primera en la cartografía europea una isla cuadrada, a medio camino entre las costas de España y lo que habían de ser más tarde las costas de las Indias Occidentales: la isla cuadrada de Antilla. No conozco noticia de que aparezca antes de esa fecha, pero es significativo que a partir de 1426 y con una rara constancia, de una manera sistemática surja esta isla maravillosa con la que se intenta formular poco a poco la necesidad de poblar el océano para poder integrarlo más tarde, ocuparlo e interpretarlo. Desde luego, la isla de Antilla irá encontrando sustratos más racionales, más históricos, dentro de un marco legendario que fundamente su existencia. Podrá llegar a ser así el resultado conceptual de una vieja tradición portuguesa (o española) que hace de la invasión musulmana de España en 711 la consecuencia de un pecado de amores, pecado del cual debían salvarse, obviamente, siete obispos con sus virtuosos

fieles no involucrados en aquella condenable conducta, para fundar siete ciudades pre-apocalípticas, maravillosas, allende los límites conocidos del océano de los europeos. De este modo, vamos a ver estas siete ciudades recorrer poco a poco toda la progresiva comprensión de América, las vamos a ver difundirse por toda la nueva geografía poco a poco reconocida del Nuevo Continente, como si a medida que la penetración europea fuera haciendo palpable y visible la realidad americana, lo indefinido e inefable de Antilla fuera remontando poco a poco hacia las franjas y las fronteras de lo desconocido. Una vez pasada la primera etapa del primer viaje de Cristóbal Colón, las siete ciudades cambiarán de nombre, subirán por todo el territorio norteamericano, nos las encontraremos en México, en el norte desconocido de Mesoamérica, en Cíbola y en Quivira, poco a poco más arriba de las míticas tierras de la California y hasta por fin (con un mapa tardío de fines del siglo XVI) en lo que hoy es el territorio de Alaska.

Este lento caminar de los mitos y de sus circunstancias a través de la toponimia, de la identificación geográfica, es tanto más importante porque se hace en todos los ámbitos y en todas las direcciones del continente que los europeos no saben aún cómo reconocer con palabras. En el norte de Canadá se cree vislumbrar el fabuloso reino de Saguenay, en el territorio de Colombia se espera encontrar a El Dorado, al país de Omagua, etcétera, etcétera, y de Tierra de Fuego a la punta extrema de Alaska una especie de extraña semántica de lo imaginado, de lo monstruoso, envuelve con su bruma mágica la preparación conceptual del reconocimiento más tardío de América.

Los vocabularios usados por ambas partes, por ambos grupos humanos (amerindios y europeos) en las circunstancias del encuentro mismo obedecen definitivamente a idéntico



proceso semántico, a este mismo titubeo filológico, en que el proceder por analogía es el único modo de no recurrir sistemáticamente al proceso de “monstruificación”.

Podemos así pensar en ejemplos tan clásicos como las palabras sacadas del vocabulario caribe, a saber, *canoas*, *maíz*, *maguey*, *barbacoa*, etc., pero, pensemos también en la dificultad encontrada por los amerindios para nombrar, definir y determinar con vocabulario idóneo a los artefactos o a las tecnologías más “monstruosas” que calificaban a los europeos. Recalquemos de este modo, cómo en los relatos de la conquista de México, y por bastante tiempo, los caballos españoles vinieron a ser venados (*mazatl*) y como sólo a partir de la noche triste empiezan a ser “cauallos” y, en plural, “cauallome”, palabras que, por cierto, son las que aún hoy en día se usan en muchos pueblos que todavía utilizan la lengua náhuatl. Hay, además, otros elementos de la originalidad europea que no hallarán palabra propia en el vocabulario amerindio hasta ya muy pasado el choque militar, como son las armas de fuego. En prácticamente todos los relatos amerindios, éstas se llaman “trompetas de fuego” y esto hasta ya terminadas las circunstancias del enfrentamiento militar. Esta extrañeza ante lo que se ve como perfectamente inefable en la caracterización del Otro se va a plantear en un terreno tan fundamental como es la toponimia—ya lo señalamos un poco más arriba— hasta presentarse como una de las estructuras semánticas más cruciales del reconocimiento europeo. De este modo, bien sabemos que Cristóbal Colón rebautizó prácticamente todos los lugares que reconoció y el propio Cortés hizo lo mismo, llegando a firmar su segunda Carta de Relación desde una Segura de la Frontera que, en la realidad americana, era Tepeaca. Es decir que, a fin de cuentas, para ser reconocible y concebible, la geografía del Otro había de ser transformada y no se podía admitir su invisibilidad o, si se quiere, su monstruosidad,

como característica de total alteridad. Era necesario rehacer la geografía volviéndola a nombrar, bautizándola en términos familiares, y de ahí la “Isabela”, la “Española”, etc., con todos aquellos nombres añadidos y artificiales que los navegantes europeos iban plantando en la extrañeza americana para hacer de la monstruosa e invisible América un terreno perfectamente reconocible y sin sorpresas.

Creo, además, que este afán por “desestranjerizar” o reducir las categorías de lo conceptuable, que esta preocupación por reinventar identidades dentro de las normas de Europa fue uno de los mayores creadores de monstruos y que, en este caso, casi convendría recordar que frente a lo que hoy en día vemos como la realidad americana fue un auténtico “sueño de la razón” productor de monstruos y de pavores definitivos.

Efectivamente, existe una categoría de rechazo absoluto dentro de estas líneas del pavor al otro que es la estructura misma de la mirada amerindia al ver llegar a los europeos. Por una parte, éstos consideraban elementos cruciales del Otro como su organización social, su ritual religioso, su código de conducta, sus procesos jurídicos, incluso sus rituales sociales como totalmente monstruosos. Los rechazos a la particularidad amerindia que representa el sacrificio humano, la Guerra Florida y algunos rasgos de la organización social son a este respecto ejemplares. Hay una especie de extrañeza consubstancial ante la liturgia amerindia que no puede dejar de asombrarnos. Cada vez que un texto español describe o evoca, con mayor o menor detalle las extracciones de corazón o procesos complejos como el desollar al sacrificado, el descarnar sus tibias, etc., la reacción es la de una condena asqueada que justifica cualquier violencia ante la supuesta “monstruosidad” del Otro. Recordemos que cuando Hernán Cortés recibe a los primeros embajadores de Motecuhzoma, éstos ofrecen un sacrificio humano sobre la comida que le están entregando, como un homenaje hacia aquellos que conceptúan como dio-

ses. La incomprensión es absoluta y los textos amerindios la traducen con una fuerza extraordinaria y con unas imágenes claves de lo que es la estructura conceptual del terror.

Por otra parte, los narradores amerindios no se representan a los europeos sino con la misma “invisibilidad” fundamental y sus textos son también textos que estructuran el rechazo. Hay, así, una maravillosa secuencia que nos relata en el *Códice Florentino*, en su libro XII, la primera llegada de los españoles a México, en aquel 9 de noviembre de 1519 y que es como una secuencia filmada por el cine moderno, en que los planos traducen con diversos enfoques el desfile de unos españoles que el narrador indígena detalla como una terrorífica presencia de seres venidos de otra galaxia. Los españoles, casi podríamos decir filmados plano por plano, van presentándose ante los ojos del lector con sus artefactos de metal, sus cotas y corazas de metal, casi enteramente recubiertos de metal, vestidos todos de metal, reluciendo como piezas metálicas y sonando como todos los ruidos incomprensibles de metales entrechocados. Estos hombres de metal son los “robots” de lo inconcebible, del mundo no previsto ni pensado que está más allá del Cemanahuac, más allá de los dioses familiares, más allá de las palabras que cuentan. Pocos textos como éste del libro XII dan con más fuerza una idea de lo que fue el encuentro semántico entre dos capacidades por reconocerse mutuamente.

Evidentemente no nos parece que, pese a lo espontáneo del asombro sentido por ambas partes y a la inaudita sorpresa que fue la marca de ambas reacciones, estas imágenes fueran completamente inocentes. El proceso de “monstruificación”, es decir, el ir transformando al otro en un monstruo de difícil reconocimiento, presupone la instalación previa de una relación de dependencia— y, por decirlo claramente, de explotación— que bien puede justificar cualquier violencia de la acción. Notemos así que un Cortés se cuida muy bien de no

describir algunas cosas cuando relata sus asombros a Carlos V y encontramos sorprendente su insistencia en recalcar, a la vez, la buena disposición original del Otro a la par de sus pecados actuales. Con el riesgo, a veces, de inventar puras patrañas, como la evocación de una posible homosexualidad generalizada entre los amerindios y de una práctica exhaustiva de la sodomización, lo que ninguna investigación moderna avala en modo alguno. Evidentemente, aquí se trata de justificar una tutela, una necesidad ingente de llevar las riendas de destinos descarriados, y de presuponer que el “descubrimiento”, la conquista y la evangelización son elementos providenciales para salvar a una parte de la humanidad ignorada, por reservada a los oscuros y fétidos designios de Satán. Entendemos así que esta dificultad por hacer del Encuentro un diálogo, un intercambio pacífico, estaba inscrita en la mirada que Europa acostumbraba desde siglos a utilizar para contemplar a todo aquello que no se le pareciera ni conllevara sus propios perfiles. La historia será muy larga y los siglos venideros seguirán ensordeciendo la capacidad de tratar al amerindio de otro modo. Recordemos tan sólo, al terminar estas palabras, cómo se fabricó— como otro monstruo— al “buen salvaje” de los esperanzados filósofos del siglo XVIII, cómo tanto Hegel, como el propio Marx no pudieron dar cabida, de manera equilibrada al amerindio en sus construcciones filosóficas y en sus previsiones de desarrollo social humano. Cabe pensar que la moderna antropología no ha hecho del amerindio muchas veces otra cosa que un objeto de estudio, con todo lo que esta palabra “objeto” conlleva. ¿Puede pensarse que en los albores del Quinto Centenario que vamos a conmemorar, el amerindio llegue, por fin, para nosotros a la capacidad de sujeto?